CAPÍTULO XXI

Cómo ordenó Motezuma el servicio de su casa, y la guerra que hizo para coronarse.

Este, que tales muestras de humildad y ternura dió en su eleccion, luego, viéndose Rey, comenzó á descubrir sus pensamientos altivos. Lo primero mandó, que ningun plebeyo sirviese en su casa, ni tuviese oficio Real, como hasta allí sus antepasados lo habian usado, en los cuales reprehendió mucho haberse servido de algunos de bajo linage; y quiso, que todos los Señores y gente ilustre estuviese en su Palacio, y ejerciese oficios de su Casa y Corte. A esto le contradijo un anciano de gran autoridad, ayo suyo, que lo habia criado, diciéndole, que mirase que aquello tenia mucho inconveniente, porque era enagenar y apartar de sí todo el vulgo y gente plebeya, y ni aun mirarle á la cara no osarian viéndose así desechados. Replicó él, que eso era lo que él queria, y que no habia

de consentir que anduviesen mezclados plebeyos y nobles como hasta allí, y que el servicio que los tales hacian, era cual ellos eran, con que ninguna reputacion ganaban los Reyes. Finalmente, se resolvió de modo, que envió á mandar á su Consejo quitasen luego todos los asientos y oficios que tenian los plebeyos en su Casa y en su Corte, y los diesen á Caballeros; y así se hizo. Tras esto salió en persona á la empresa, que para su coronacion era necesaria. Habíase rebelado á la Corona Real una Provincia muy remota hácia el mar Oceano del norte: llevó consigo á ella la flor de su gente, y todos muy lucidos y bien aderezados. Hizo la guerra con tanto valor y destreza, que en breve sojuzgó toda la provincia, y castigó rigurosamente los culpados, y vòlvió con grandísimo número de cautivos para los sacrificios, y con otros despojos muchos. A la vuelta le hicieron todas las ciudades solemnes recibimientos, y los Señores de ellas le sirvieron agua á manos, haciendo oficios de criados suyos, cosa que con ninguno de los pasados habian hecho: tanto era el temor y respeto que le habian cobrado. En Méjico se hicieron las fiestas de su coronacion con tanto aparato de danzas, comedias, entremeses, luminarias, invenciones, diversos juegos, y tanta riqueza de tributos traídos de todos sus Reinos, que concurrieron gentes extrañas, y nunca vistas, ni conocidas á Méjico, y aun

los mismos enemigos de Mejicanos vinieron disimulados en gran número á verlas, como eran los de Tlascala y los de Mechoacán. Lo cual entendido por Motezuma los mandó aposentar, y tratar regaladísimamente como á su misma persona, y les hizo miradores galanos como los suyos, de donde viesen las fiestas; y de noche, así ellos, como el mismo Rey, entraban en ellas, y hacían sus juegos y máscaras. Y porque se ha hecho mencion de estas provincias, es bien saber, que jamás se quisieron rendir á los Reyes de Méjico, Mechoacán, ni Tlascala, ni Tepeáca, antes pelearon valerosamente, y algunas veces vencieron los de Mechoacán á los de Méjico, y lo mismo hicieron los de Tepeáca. Donde el Marqués Don Fernando Cortés, despues que le echaron á él y á los Españoles de Méjico, pretendió fundar la primera ciudad de Españoles, que llamó, si bien me acuerdo, Segura de la frontera, aunque permaneció poco aquella poblacion; y con la conquista que despues hizo de Méjico, se pasó á ella toda la gente Española. En efecto, aquellos de Tepeáca, y los de Tlascala, y los de Mechoacán se tuvieron siempre en pie con los Mejicanos, aunque Motezuma dijo á Cortés que de propósito no los habian conquistado, por tener ejercicio de guerra y número de cautivos.

CAPÍTULO XXII

De las costumbres y grandeza de Motezuma.

Dió este Rey en hacerse respetar, y aun cuasi adorar como Dios. Ningun plebeyo le habia de mirar á la cara, y si lo hacia, moria por ello: jamás puso sus pies en el suelo, sino siempre llevado en hombros de Señores; y si habia de bajarse, le ponian una alfombra rica donde pisase. Cuando iba camino, habia de ir él y los Señores de su compañía por uno como parque hecho de propósito, y toda la otra gente por defuera del parque á uno y á otro lado: jamás se vestia un vestido dos veces, ni comia, ni bebia en una vasija, ó plato mas de una vez: todo habia de ser siempre nuevo; y de lo que una vez se habia servido, dábalo luego á sus criados, que con estos percances andaban ricos y lucidos. Era en extremo amigo de que se guardasen sus leyes: acaecíale cuando volvia con victoria de alguna guerra, fingir que iba á alguna recreacion, y disfrazarse para ver, si por no pensar que estaba presente, se dejaba de hacer algo

de la fiesta ó recibimiento: y si en algo se excedia ó faltaba, castigábalo sin remedio. Para saber cómo hacian su oficio sus Ministros, tambien se disfrazaba muchas veces, y aun echaba quien ofreciese cohechos á sus Jueces, ó les provocase á cosa mal hecha, y en cayendo en algo de esto, era luego sentencia de muerte con ellos. No curaba que fuesen Señores, ni aun deudos, ni aun propios hermanos suyos, porque sin remision moria el que delinquía: su trato con los suyos era poco: raras veces se dejaba ver: estábase encerrado mucho tiempo, y pensando en el gobierno de su Reino. Demás de ser justiciero y grave, fué muy belicoso, y aun muy venturoso, y así alcanzó grandes victorias, y llegó á toda aquella grandeza que por estar ya escrita en historias de España, no me parece referir mas. Y en lo que de aqui adelante se dijere, solo tendré cuidado de escribir lo que los libros y relaciones de los Indios cuentan, de que nuestros Escritores Españoles no hacen mencion, por no haber tanto entendido los secretos de aquella tierra, y son cosas muy dignas de ponderar, como ahora se verá.

CAPÍTULO XXIII

De los presagios y prodigios extraños que acaecieron en Méjico, antes de fenecerse su Imperio.

Aunque la divina Escritura (1) nos veda el dar crédito á agüeros y pronósticos vanos, y Jeremias nos advierte (2), que de las señales del Cielo no temamos, como lo hacen los Gentiles; pero enseña con todo eso la misma Escritura, que en algunas mudanzas universales, y castigos que Dios quiere hacer, no son de despreciar las señales, monstruos y prodigios, que suelen preceder muchas veces, como lo advierte Eusebio Cesariense (3). Porque el mismo Señor de los Cielos y de la tierra ordena semejantes extrañezas y novedades en el Cielo, elementos, animales y otras criaturas suyas, para que en parte sean aviso á los hombres, y en parte principio de castigo con el temor y espanto que

(1) Deut. 28. vv. 9. 10 y 11.
(2) Jerem. 10. v. 2.
(3) Lib. 9. de Demonstrat. Evangel. demonst. 1.

ponen. En el segundo libro de los Macabeos (1) se escribe, que antes de aquella grande mudanza y perturbacion del pueblo de Israel, causada por la tiranía de Antioco llamado Epífanes, al cual intitulan las letras Sagradas (2) raíz de pecado, acaeció por cuarenta dias enteros verse por toda Jerusalén grandes escuadrones de caballeros en el aire, que con armas doradas, y sus lanzas y escudos, y caballos feroces, y con las espadas sacadas, tirándose é hiriéndose, escaramuzaban unos con otros; y dicen, que viendo esto los de Jerusalén, suplicaban á Dios alzase su ira, y que aquellos prodigios parasen en bien. En el libro de la Sabiduría tambien, cuando quiso Dios sacar de Egipto su pueblo, y castigar á los Egipcios, se refieren (3) algunas vistas y espantos de monstruos, como de fuegos vistos á deshora, de gestos horribles que aparecian. Josefo, en los libros de *Bello Judaico*, cuenta muchos y grandes prodigios, que precedieron á la destruccion de Jerusalén y último cautiverio de la desventurada gente, que con tanta razon tuvo á Dios por contrario. Y de Josefo tomó Eusebio Cesariense (4) y otros la misma relacion, autorizando aquellos pronósticos. Los Historiadores están llenos de semejantes observaciones en

(1) 2. Mach 5.
(2) 1. Mach. 1.
(3) Sap. 17.
(4) Euseb. lib. 1. de Eccles. Histor.

grandes mudanzas de estados, ó Repúblicas, ó Religion. Y Paulo Orosio cuenta no pocas: sin duda no es vana su observancia, porque aunque el dar crédito ligeramente á pronósticos y señales, es vanidad, y aun supersticion prohibida por la ley de nuestro Dios, mas en cosas muy grandes y mudanza de naciones, reinos, y leyes muy notables, no es vano, sino acertado creer, que la sabiduría del Altísimo ordena ó permite cosas, que den como alguna nueva de lo que ha de ser, que sirva, como he dicho, á unos de aviso, y á otros de parte de castigo, y á todos de indicio, que el Rey de los Cielos tiene cuenta con las cosas de los hombres. El cual, como para la mayor mudanza del mundo, que será el dia del Juicio, tiene ordenadas las mayores y mas terribles señales que se pueden imaginar, así para denotar otras mudanzas menores, pero notables, en diversas partes del mundo, no deja de dar algunas maravillosas muestras, que segun la ley de su eterna Sabiduría tiene dispuestas. Tambien se ha de entender, que aunque el Demonio es padre de la mentira; pero á su pesar le hace el Rey de gloria confesar la verdad muchas veces, y aun él mismo de puro miedo y despecho la dice no pocas. Así daba voces en el desierto (1), y por la boca de los endemoniados, que

(1) Mat. 1. Luc. 4

Jesús era el Salvador, que habia venido á destruirle. Así por la Pithonisa decia (1), que Paulo predicaba el verdadero Dios. Así apareciéndose, y atormentando á la muger de Pilato, le hizo negociar por Jesús, varon justo. Así otras historias, sin la sagrada, refieren diversos testimonios de los Idolos en aprobacion de la Religion Cristiana, de que Lactancio, Próspero y otros hacen mencion. Léase Eusebio en los libros de la Preparacion Evangélica, y despues en los de su Demostracion, que trata de esto largamente. He dicho todo esto tan de propósito, para que nadie desprecie lo que refieren las historias y Anales de los Indios cerca de los prodigios extraños, y pronósticos que tuvieron de acabarse su Reino y el Reino de el Demonio, á quien ellos adoraban juntamente: los cuales, así por haber pasado en tiempos muy cercanos, cuya memoria está fresca, como por ser muy conforme á buena razon, que de una tan gran mudanza el Demonio sagaz se recelase y lamentase, y Dios junto con esto comenzase á castigar á idólatras tan crueles y abominables, digo que me parecen dignos de crédito, y por tales los tengo y refiero aquí. Pasó, pues, de esta manera: que habiendo reinado Motezuma en suma prosperidad muchos años, y puesto en tan altos pensamientos, que realmente

(1) Act. 16.

se hacia servir y temer, y aun adorar, como si fuera Dios, comenzó el Altísimo á castigarle, y en parte avisarle, con permitir, que los mismos Demonios á quien adoraba, le diesen tristísimos anuncios de la pérdida de su Reino, y le atormentasen con pronósticos nunca vistos, de que él quedó tan melancólico y atónito, que no sabia de sí. El Idolo de los de Cholóla, que se llama Quezalcóatl, anunció que venía gente extraña á poseer aquellos Reinos. El Rey de Tezcuco, que era gran Májico, y tenia pacto con el Demonio, vino á visitar á Motezuma á deshora, y le certificó, que le habian dicho sus Dioses, que se le aparejaban á él y á todo su Reino grandes pérdidas y trabajos. Muchos hechiceros y brujos le iban á decir lo mismo, entre los cuales fué uno, que muy en particular le dijo lo que despues le vino á suceder; y estándole hablando advirtió, que le faltaban los dedos pulgares de los pies y manos. Disgustado de tales nuevas, mandaba prender todos estos hechiceros, mas ellos se desaparecian presto de la prision, de que el Motezuma tomaba tanta rabia, que no pudiendo matarlos, hacia matar sus mugeres é hijos, y destruir sus casas y haciendas. Viéndose acosado de estos anuncios, quiso aplacar la ira de sus Dioses, y para esto dió en traer una piedra grandísima, para hacer sobre ella bravos sacrificios. Yendo á traerla muchísima gente con sus maromas y re-

caudo, no pudieron moverla, aunque porfiando quebraron muchas maromas muy gruesas, mas como porfiasen todavia, oyeron una voz junto á la piedra, que no trabajasen en vano, que no podrian llevarla, porque ya el Señor de lo criado no queria que se hiciesen aquellas cosas. Oyendo esto Motezuma, mandó que allí hiciesen los sacrificios. Dicen que volvió otra voz: ¿Ya no he dicho, que no es la voluntad del Señor de lo criado, que se haga eso? Para que veais que es así, yo me dejaré llevar un rato, y despues no podréis menearme. Fué así, que un rato la movieron con facilidad, y despues no hubo remedio, hasta que con muchos ruegos se dejó llevar hasta la entrada de la ciudad de Méjico, donde súbito se cayó en una acequia, y buscándola no pareció mas, sino fué en el propio lugar de adonde la habian traído, que allí la volvieron á hallar, de que quedaron muy confusos y espantados. Por este propio tiempo apareció en el Cielo una llama de fuego grandísima, y muy resplandeciente, de figura piramidal, la cual comenzaba á aparecer á la media noche yendo subiendo, y al amanecer cuando salia el Sol, llegaba al puesto de medio dia, donde desaparecía. Mostróse de este modo cada noche por espacio de un año, y todas las veces que salía, la gente daba grandes gritos, como acostumbran, entendiendo era pronóstico de gran mal. Tambien una vez, sin haber

lumbre en todo el templo, ni fuera de él, se encendió todo, sin haber trueno ni relámpago, y dando voces las guardas, acudió muchísima gente con agua, y nada bastó, hasta que se consumió todo: dicen, que parecia que salia el fuego de los mismos maderos, y que ardia mas con el agua. Vieron otrosí salir un Cometa siendo de dia claro, que corrió de poniente á oriente, echando gran multitud de centellas: dicen era su figura de una cola muy larga, y al principio tres como cabezas. La laguna grande, que está entre Méjico y Tezcuco, sin haber aire, ni temblor de tierra, ni otra ocasion alguna, súbitamente comenzó á hervir, creciendo á borbollones tanto, que todos los edificios que estaban cerca de ella, cayeron por el suelo. A este tiempo dicen, se oyeron muchas voces como de muger angustiada, que decia unas veces, ¡ó hijos míos, que ya se ha llegado vuestra destruccion! Otras veces decia, ¡ó hijos mios! ¿dónde os llevaré, para que no os acabeis de perder? Aparecieron tambien diversos mónstruos con dos cabezas, que llevándolos delante de el Rey desaparecian. A todos estos mónstruos vencen dos muy extraños: uno fué, que los pescadores de la laguna tomaron una ave del tamaño de una grulla y de su color, pero de extraña hechura, y no vista. Lleváronla á Motezuma; estaba á la sazon en los Palacios que llamaban de llanto y luto, todos te-

ñidos de negro, porque como tenía diversos Palacios para recreacion, tambien los tenia para tiempo de pena: y estaba él con muy grande, por las amenazas que sus Dioses le hacian con tan tristes anuncios. Llegaron los pescadores á punto de medio dia, y pusiéronle delante aquella ave, la cual tenia en lo alto de la cabeza una cosa como lucida y transparente, á manera de espejo, donde vió Motezuma, que se parecian los Cielos y las estrellas, de que quedó admirado, volviendo los ojos al Cielo, y no viendo estrellas en él. Volviendo á mirar en aquel espejo, vió que venia gente de guerra de hácia oriente, y que venia armada, peleando y matando. Mandó llamar sus agoreros, que tenia muchos, y habiendo visto lo mismo, y no sabiendo dar razon de lo que eran preguntados, al mejor tiempo desapareció el ave, que nunca mas la vieron, de que quedó tristísimo, y todo turbado el Motezuma. Lo otro que sucedió fué, que le vino á hablar un labrador, que tenía fama de hombre de bien, y llano, y éste le refirió que estando el día antes haciendo su sementera, vino una grandísima águila volando hácia él, y tomóle en peso sin lastimarle, y llevóle á una cierta cueva, donde le metió, diciendo el águila: Poderosísimo Señor, ya traje á quien me mandaste. Y el Indio labrador miró á todas partes á ver con quien hablaba, y no vió á nadie, y en esto oyó una voz

que le dijo: ¿Conoces á ese hombre, que está ahí tendido en el suelo? y mirando al suelo vió un hombre adormecido, y muy vencido de sueño, con insignias Reales, y unas flores en la mano, con un pebete de olor ardiendo segun el uso de aquella tierra, y reconociéndole el labrador, entendió que era el gran Rey Motezuma. Respondió el labrador, luego despues de haberle mirado: Gran Señor, éste parece á nuestro Rey Motezuma. Volvió á sonar la voz; verdad dices, mírale cual está, tan dormido y descuidado de los grandes trabajos y males que han de venir sobre él. Ya es tiempo que pague las muchas ofensas que ha hecho á Dios, y las tiranías de su gran soberbia, y está tan descuidado de esto, y tan ciego en sus miserias, que ya no siente. Y para que lo veas, toma ese pebete que tiene ardiendo en la mano, y pégaselo en el muslo, y verás que no siente. El pobre labrador no osó llegar ni hacer lo que decian, por el gran miedo que todos tenían á aquel Rey. Mas volvió á decir la voz: No temas, que yo soy mas sin comparacion que ese Rey: yo le puedo destruir y defenderte á tí, por eso haz lo que te mando. Con esto el villano, tomando el pebete de la mano del Rey, pegóselo ardiendo al muslo, y no se meneó, ni mostró sentimiento. Hecho esto, le dijo la voz, que pues veía cuan dormido estaba aquel Rey, que le fuese á despertar, y le contase todo lo que habia pasado

y que el águila por el mismo mandado le volvió á llevar en peso, y le puso en el propio lugar de donde lo habia traído: y en cumplimiento de lo que se le habia dicho, venia á avisarle. Dicen, que se miró entonces Motezuma el muslo, y vió que lo tenia quemado, que hasta entonces no lo habia sentido, de que quedó en extremo triste y congojado. Pudo ser, que esto que el rústico refirió, le hubiese á él pasado en imaginaria vision. Y no es increíble, que Dios ordenase por medio de Angel bueno, ó permitiese, por medio de Angel malo, dar aquel aviso al rústico (aunque infiel) para castigo de el Rey. Pues semejantes apariciones leemos en la divina Escritura (1) haberlas tenido tambien hombres infieles y pecadores, como Nabucodonosor, y Balam, y la Pithonisa de Saúl. Y cuando algo de estas cosas no hubiese acaecido tan puntualmente, á lo menos es cierto que Motezuma tuvo grandes tristezas y congojas por muchos y varios anuncios, de que su Reino y su ley habian de acabarse presto.

(1) Dan. 2. Num. 22. 1. Reg. 28.

CAPÍTULO XXIV

De la nueva que tuvo Motezuma de los Españoles que habian aportado á su tierra, y de la embajada que les envió.

Pues á los catorce años del Reinado de Motezuma, que fué en los mil y quinientos y diez y siete de nuestro Salvador, aparecieron en la mar de el Norte unos navíos con gente, de que los moradores de la costa, que eran vasallos de Motezuma, recibieron grande admiracion, y queriendo satisfacerse mas quien eran, fueron en unas canoas los Indios á las naves, llevando mucho refresco de comida y ropa rica, como que iban á vender. Los Españoles les acogieron en sus naves, y en pago de las comidas y vestidos que les contentaron, les dieron unos sartales de piedras falsas, coloradas, azules, verdes y amarillas, las cuales creyeron los Indios ser piedras preciosas. Y habiéndose informado los Españoles de quien era su Rey, y de su gran potencia, les despidieron diciéndoles, que lle-